

Con su estilo pausado, sencillo y cordial, el doctor Fukelman interroga y articula la teoría desde la práctica, ejercicio que sostiene de forma permanente e interminable, aportando su singular perspectiva sobre la clínica psicoanalítica en la infancia, en la que se destaca su original reflexión acerca de la dimensión estructural del juego en la niñez.

Este libro está abierto a la lectura de analistas y, también, a la de todos aquellos que, desde distintos campos, se interesan por el psicoanálisis. Hemos incluido, a lo largo del texto, notas a pie de página y referencias, con el propósito de aportar si no esclarecimiento, algunos posibles caminos de búsqueda.

Paula María de Gainza, Miguel Jorge Lares.
Buenos Aires, octubre de 2010.

Capítulo 1

EL JUEGO SITÚA AL NIÑO

Este material se utiliza exclusivamente para fines didácticos del Curso Preparatorio para el Examen de Residencias de Psicología 2016 de S R M Cursos®

El síntoma en el campo de la infancia - Lo que se inscribe o no como juego infantil - El *acting-out* vehiculado por los padres - La intervención analítica como poética - La sanción del juego como tal - La transferencia de los padres y las entrevistas preliminares - La transferencia y la demanda en el niño - La resistencia

ML: En el psicoanálisis hay un tema sobre el cual se despliega un campo de opiniones. Se trata del término "síntoma" en la infancia. Nos interesa su reflexión sobre la pertinencia lógica de ese término antes del punto de inflexión que se produce en la pubertad. También quisiéramos interrogarle acerca de la problemática del acting-out en las consultas por los niños.

JF: Hace poco escuché un reportaje muy interesante a María Bethania¹ en el que comentó algo que a mí me hizo pensar: le dijo a la persona que la entrevistaba que, para ella, el perfume y la música iban de la mano, ya que ambos nos llegan de un modo particularmente inmediato, más allá de lo que pudiera pensarse al respecto.

En verdad, nunca antes se me había ocurrido reflexionar acerca de la relación entre el olfato y la música. Con respecto al olfato, existe un mito freudiano sobre la adopción de la postura erecta y el reemplazo del olfato por la mirada como sentido

1. "Música é como perfume, é imediato, é sensorial. Não tem coisa que faça você, em fração de segundos, visualizar, sentir, viver, lembrar, raciocinar sobre um assunto do que uma música, um cheiro, um perfume." Maria Bethania, *Música e perfume*, documental dirigido y producido por Georges Gachot (2005).

predominante.² Justamente sobre el olfato hay una cuestión que resulta curiosa. Como ustedes seguramente sabrán, los órganos de los sentidos conectan con vías que llegan a la corteza y desde allí al hipotálamo. En lo atinente al olfato, el recorrido es inverso, alcanza primero el hipotálamo y, luego, la corteza. O sea que, primariamente, está la llegada a cierta zona en donde se elaboran los afectos y luego, a la corteza; por lo que, cuando olemos o recordamos un olor, experimentamos de entrada un impacto a partir del cual se abren asociaciones. Si, por ejemplo, intento acordarme del olor del mar en la playa, algo de eso reaparece; luego, podré recordar que estuve en la playa en tal o cual ocasión.

Con respecto a la música, quisiera sacar a colación algunas citas:

- En el año 1275, un señor llamado Jean de Garlande escribió:

"La música es la ciencia del número relacionada a los sonidos."

- Otra frase de Leibniz, de 1712: *"La música es un ejercicio oculto de la aritmética del alma que no sabe que ella cuenta."*

Y otra de Mersenne: *"La acción del oído no es otra cosa que la numeración de los movimientos del aire, sea que el alma los cuenta sin que nosotros los percibamos o que ella sienta el número que la toca."*³

2. "El relegamiento de los estímulos olfatorios parece ser, a su vez, consecuencia del extrañamiento del ser humano respecto de la tierra, de la adopción de la postura erecta en la marcha, que vuelve visibles y necesitados de protección los genitales, hasta entonces encubiertos, y así provoca la vergüenza. Por consiguiente, en el comienzo del fatal proceso de la cultura se sitúa la postura vertical del ser humano. La cadena se inicia ahí, pasa por la desvalorización de los estímulos olfatorios y el aislamiento en los periodos menstruales, luego se otorga una hipergravitación a los estímulos visuales al devenir visibles los genitales, prosigue hacia la continuidad de la excitación sexual, la fundación de la familia y, con ella, a los umbrales de la cultura humana." Freud, Sigmund (1981d): "El malestar en la cultura" (1929/1930), *Obras completas*, Vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu.

3. En 1627, Martin Mersenne, en su *Traité d'harmonie universelle*, describe las bases de la fisiología de la articulación de la palabra. G. W. Leibnitz, en una carta dirigida a Ch. Goldbach en 1712, expresa: *"Musica est exercitium arithmeticae occultum nescientis se numerari animi."*

Recordé estos pasajes porque todos ellos toman lo que constituiría el primer contacto con *el corte*, con aquello que deja de ser continuo y pasa a ser discreto. Y, además, porque la relación entre *lo real* (representado en estas citas por el número que cuenta) y la imagen, o cierta proto-imagen del cuerpo, es algo que puede llegar a plantearse como núcleo del síntoma. Si yo quisiera en la actualidad pensar en aquello que Freud situaba como el grano de arena del síntoma histérico, lo pensaría por el lado que atañe al nexo previo entre *lo real y lo imaginario*.

En el juego infantil, esto se enlaza con algo que es de otro orden: el sostén simbólico, aquello que permite que un sujeto sea reconocido como niño hasta que ciertos procesos lógicos lo conduzcan a la postpubertad.

En el juego se posibilita (al menos esa es mi experiencia) que el elemento simbólico significativo comience a circular. Para que circule, es menester que algo esté en falta y que esa falta sea sostenida desde quien se pone allí en juego; para el caso, un analista.

"Que se ponga en juego" implica la posibilidad de otro tipo de inscripción de aquello que el niño estaba tratando de leer; lectura que habitualmente efectúa con su propio cuerpo, con su propio imaginario.

Que un niño o una niña estén jugando supone que se entienda que se trata de un juego; para que eso suceda, el reconocimiento tiene que venir del Otro. Es como si, de algún modo, se señalara: *"Estabas jugando aunque no sabías que estabas jugando; ahora sabes que esto es un juego."*

Los teóricos del *Ars antiqua* se preocupaban por encontrar una escritura que satisficiera las crecientes exigencias de una polifonía que se desarrollaba con gran rapidez. En el s. XIII aparece la notación modal por impulso de la naciente polifonía. Utiliza ésta los signos litúrgicos con distinta nomenclatura. Ya entonces por mediación de la pauta (establecida desde Guido de Arezzo en el siglo XI) estaba establecida la altura relativa de la nota con los modos; se intentaba, además, fijar su duración relativa; éstos varían de número según los teóricos, pero con Jean de la Garlande (siglo XIII) se admiten seis. Aparece ya la plica (trazo vertical ascendente) y las claves de sol, do y fa. Paulatinamente, van utilizándose los colores para las divisiones, ya que las barras de compás van admitiéndose muy lentamente.

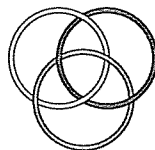
De este modo, el analista toma un relevo de la instancia parental, un relevo del primer Otro, permitiendo que algo se inscriba. "Que se inscriba" quiere decir que se reanude aquello que, por efecto de la problemática inconsciente de los padres, no se permitió que fuera inscripto como juego.

En el campo de la infancia nos encontramos con el síntoma en este sentido, como aquello que forma parte del retorno de lo reprimido de los padres, pero "metido" en un niño o niña que no puede hacer algo con eso mientras no pueda con eso jugar.

Si esto es para los padres, el retorno de lo reprimido forma parte entonces de lo que podría enunciarse como: "Con esto no se juega, esto es en serio." Es allí donde encontramos lo que podría definirse como un síntoma en la niñez. En este sentido, el juego funciona como un espejo sostenido simbólicamente, ubicado simbólicamente.

Si bien los ejemplos resultan siempre problemáticos, voy a comentar uno: se trata de una nena que tenía múltiples miedos; entre ellos a viajar, a que el coche pudiera chocar, a quedarse sola. La niña llegaba al consultorio y me contaba sobre sus miedos: "... Yo vi en una película, que el viento se llevaba un papá; sé que esto no puede pasar, pero igualmente tengo miedo". Un día, descubre tres agujeritos en una mesita de mi consultorio y dice: "Parece un Mickey." Le pregunto cómo es eso, y ella responde: "Muchas veces tomo hojas de carpeta y, en los agujeritos que tienen, yo dibujo tres círculos; después los uno y hago como si fuera la cabeza de Mickey con el hociquito." A partir de ese momento, prácticamente dejó de hablar de sus miedos (esto tiene algunos precedentes sobre los cuales no me voy a extender ahora). Ante el comentario de la nena, no dije nada, pero pensé para mí: *¿Me estás hablando aquí sobre nudos borromeos?*⁴

4. Nudo borromeo, constituido por tres aros, enlazados de tal forma que al separar uno cualquiera de los tres se liberan los otros dos. Jacques Lacan introduce en su enseñanza el nudo borromeo, el 9 de febrero de 1972, en el marco de su seminario "Ou pire...".



Es con relación a un recubrimiento imaginario, al menos en lo que ella expresó, que desaparecieron esos miedos. Entonces, me quedé pensando que yo no había hecho nada especial... Lo que sí hice fue permitir que eso se inscribiera en otro lado, de otro modo, aunque sólo fuera por lo que me hizo pensar.

Con relación al retorno de lo reprimido y al *acting-out*, trabajo de la siguiente manera: (a esta altura los padres confían en mí porque me tengo confianza y, probablemente, por un cierto prestigio que me precede) les digo que "Es suficiente con que traigan al niño —o a la niña— y paguen los honorarios."

En general, prefiero que los padres no intervengan; pero cuando de todos modos llaman, pienso: *¿Qué se me habrá escapado en la sesión, qué fue lo que no escuché, qué no leí bien, qué no entendí?* En este sentido, considero que el *acting-out* llega vehiculizado por los padres.

PG. *¿Se refiere usted a llamados de los padres que no están preestablecidos o enmarcados en las entrevistas preliminares?*

JF: Sí. Recuerdo algo, que para mí fue muy fuerte, sobre un chico que, según decían los padres, tenía unos líos bárbaros en la escuela, se escapaba y no se dejaba agarrar. En un momento dado, me llama la madre y dice: "Le tuve que dar una cachetada; finalmente, esto es una tortura." Al escuchar la palabra "tortura", le pregunté si durante el último Proceso Militar le había ocurrido algo,⁵ y me respondió que no le pasó nada a ella ni a su familia en forma directa, pero que unos amigos muy importantes de los abuelos maternos habían sido "desaparecidos". En ese momento, me entero de que "tortura" era un significante importante del cual el chico no podía desasirse. Dicho de otro modo, con lo que me encuentro en las consultas por los niños, es con ciertas articulaciones de significantes que a veces se relacionan claramente con el retorno de lo reprimido de los padres (otras veces, no es tan claro o no se advierten las relaciones).

5. El doctor Fukelman se refiere aquí a los sucesivos gobiernos de facto que, entre 1976 y 1983, rigieron en la República Argentina.

Lo importante para mí es que esos significantes se puedan articular, encadenar, y que todo esto se ubique en un campo de juego, porque de ese modo, si lo logramos, se tratará entonces de un chico que está jugando.

De otro modo, la sexualidad implicada en los significantes de los padres resultará excesiva para quien no hizo aún los movimientos lógicos que permiten que cada cual, mal o bien —seguramente, más mal que bien— se haga cargo de su sexualidad.

ML: Usted sostiene entonces que el síntoma en la infancia atañe al retorno de lo reprimido de los padres. Parafraseando un pasaje de su comentario: “eso se mete” en un lugar que produce un efecto de detención en el juego. Siguiendo la articulación lógica que ha comentado, no sería en el chico donde eso se mete, en tanto el niño resultaría un efecto del juego. La pregunta sería, pues: ¿se mete dónde? (¿qué término más preciso podríamos emplear?).

JF: Me gusta pensarlo como la representación de un desfile en donde aquellos que desfilan forman palabras. No se trata, en este caso, de un gran desfile, ya que el chico en cuestión forma parte de éste y defiende las letras que componen ciertas palabras. Por ejemplo, un niño le dice a su mamá: “Cuando sea grande me voy a casar con vos”, y la madre contesta “de jugando”: “Bueno... va a ser así o va a ser así”, o “Cuando seas grande tal vez tengas ganas de casarte con otra...”. Cuando la madre responde de este modo, podemos suponer que las cosas continúan sin mayores inconvenientes. Supongamos, en cambio, que la madre al escuchar lo que el niño dice se excita, aprieta un poco las piernas, algo la angustia, la incomoda. Asimismo, supongamos que la angustia circula con relación a un fantasma vinculado con “lo intrusivo”; en ese caso, la madre, conteste lo que le conteste, reaccionará respecto de ese fantasma. En consecuencia, aquello que atañe a “lo intrusivo” será un elemento que el chico porta y que tratará de leer con su cuerpo; por ejemplo, irrumpiendo en cualquier habitación. Respecto a la pregunta acerca de dónde se mete eso, podríamos expresarlo así: el chico pasa a ser las marcas de donde proviene el fantasma parental.

PG: ¿Podría usted avanzar sobre su comentario respecto de la relación entre lo real y la protoimagen del cuerpo?

JF: Respecto a las imbricaciones entre lo real y lo imaginario corporal, o los comienzos de lo imaginario corporal, considero que están vinculados a la puesta en juego de una cadencia, un ritmo, una melodía de las palabras que a veces, y en parte, podemos captar.

Yo pensaba en el libro *El odio a la música* de Pasqual Quignard.⁶ En algún pasaje de esa obra, se comenta sobre la orquesta que en el campo de concentración interpretaba —frente a las barracas en donde se encontraba la gente que iba a morir; en este caso, mujeres— aquellas canciones que las madres cantaban para acunar a sus hijos. Las mujeres gritaban, desde las barracas, “¡Déjennos morir en paz!”. ¿Qué es escuchar esta primera melodía, ese primer ritmo que mece el cuerpo, en las condiciones horribles del campo de concentración?

Por un lado, está la *escansión*, lo que se cuenta; y por otro, algo que recuerdo de un libro de Héctor Bianciotti titulado *Lo que la noche le cuenta al día*.⁷ Bianciotti, con su estilo autobiográfico y narrativo, refiere en ese libro el impacto que significó para él su encuentro con la poesía, en particular con un libro de Rubén Darío sobre el cual escribe: “Leí y releí los versos de Darío en silencio, el oído interior me advertía que se regían por una cadencia y que estaban dotados de repeticiones, de sonidos exactos. Sentí que una conmoción se producía en mí, provocada por una magia venida de más arriba del poeta, de las alturas mismas del lenguaje en los lindes de la música.”

A veces dándonos cuenta, y a veces no, esto es lo que en ocasiones ocurre cuando un comentario, algo dicho sobre un juego o una pregunta respecto de un personaje pone en juego una cadencia y un ritmo donde lo que importa no es tanto la significación de lo que se dice, sino la posibilidad de ubicarlo en ese

6. Quignard, Pasqual (1998): *El odio a la música, diez pequeños tratados*, Santiago de Chile, Andrés Bello.

7. Bianciotti, Héctor (1993): *Lo que la noche le cuenta al día*, Barcelona, Tusquets.

orden, que nos conduce hacia la poesía y hacia la musicalidad del hablar.

ML: Usted está prácticamente haciendo corresponder una intervención analítica con una de carácter poético...

J.F.: Sí, entendiendo una intervención poética como referida a una frase que una vez alguien dijo: "Hablaban en prosa sin saberlo." No forma parte de mi experiencia intentar hacerlo; surge en tanto yo me pueda dejar llevar un poco por el juego de las palabras.

ML: En el ejemplo que nos comentaba anteriormente sobre el juego de la niña y el efecto de captación que producen los tres agujeritos de su mesa sobre ella, usted recalcó que no hubo ningún comentario de su parte en respuesta a lo que decía la niña. ¿El hecho de no decir nada pudo haber puesto en juego un ritmo, una cadencia?

J.F.: Sí, aunque esto no cayó del cielo —o quizás, sí—; había antecedentes, si bien no precisamente de esto. Una vez, la chica me dice que va a dibujar la casa donde vive y el lugar donde trabaja una persona que es muy importante para ella. Luego comenta que son casas gemelas. Entonces, yo comienzo a hablar sobre los gemelos, pero no solamente acerca de gemelos, sino también de siameses; y no sólo hablo de siameses sino que además le muestro una foto que yo tenía por ahí sobre el casamiento de un señor con una señora siamesa, en la que aparecían los novios y la hermana de la siamesa. ¡Un casamiento de dos al precio de uno! Lo que puedo decir sobre ese episodio es que, bien o mal, yo me dejé llevar. Luego se irán viendo los efectos que tuvo el dejarme llevar; y si eventualmente resultara que me equivoqué y "metí la pata", podré entonces rectificarme.

ML: En alguna ocasión, le hemos escuchado decir que no es tan importante "meter la pata", sino poder retirarla a tiempo...

J.F.: Eso lo decía Enrique Pichon-Rivière. No tan lejos, pero hace mucho tiempo, pasé por su Escuela de Psiquiatría Dinámica cuando aún me encontraba cursando la carrera de Medicina. Fue mi primer acercamiento a algo de lo que no entendía mucho.

PG: Cuando usted se refiere a aquello que se sanciona como juego, uno podría pensar que en dicha sanción participan no sólo los padres con sus síntomas, sino además la cultura, la comunidad, todo lo que sostiene el marco referencial parental. Un ejemplo: hace poco tuvimos oportunidad de viajar a la ciudad de Potosí (Bolivia) y de hacer allí un paseo acompañados por una persona que nos fue relatando la historia de ese antiguo lugar. En un momento de la caminata, nos detuvimos en un viejo almacén, atendido por una señora mayor, en el que también se encontraba un niño, el nieto de la almacenera. Nos pusimos a charlar y la señora nos contó que, en otra época, en esa casa (de la cual formaba parte el almacén) había duendes y que su nieto desde pequeño había escuchado y visto a esos duendes que aparentemente tenían la intención de llevarse al niño. Mientras la abuela relataba la historia, el niño intercaló algunos comentarios en los que corroboraba el relato sobre los duendes. Además, la señora expresó que los adultos también habían advertido la presencia de los duendes por un hecho muy particular: por las noches, invariablemente y sin que mediara explicación alguna, se sentía un olor a pan horneado en toda la casa. La abuela también comentó acerca de maniobras que hicieron para rescatar a su nieto, que incluían desde la intervención de hechiceros hasta ritos comunitarios. Volviendo a lo que decíamos sobre la incidencia de la cultura en lo que se sanciona como juego; probablemente si en un consultorio de ciudad un niño cuenta que ve o escucha duendes esto tiene una determinada connotación; en Potosí, en cambio, donde seguramente una parte importante de la comunidad cree en los duendes, el asunto pasa a formar parte de lo que se inscribe en el marco de la mitología propia del lugar y de la familia.

J.F.: Sí, y también hay algo más: el olor. A mí me parece que el mito freudiano sobre la posición erecta —y, por ende, el alejamiento de los olores (movimiento que hace pasar a un segundo plano el receptor proximal del olfato)— surge cuando en ese

ámbito aparece algo así como el *padre de la horda*,⁸ una imagen paterna bestial, sin entrar por ahora en aquello de la instancia paterna y de la ubicación simbólica donde se nos plantea lo que es más habitual, a saber: *¿Por qué mi papá no cumplió con el lugar que la instancia simbólica le asignaba?*

Dejando a un lado esa dimensión y forzando las cosas un poco más; en el tema del olor ya no se trata de si mi papá cumplió o no con ese lugar simbólico (si estaba en falta respecto de ese lugar o estaba castrado); más bien lo que se plantea en este caso es que *mi papá era bestial* y es allí donde aparece el olor.

Por otra parte, no necesariamente tiene que tratarse del padre del chico, podría ser el papá de sus padres. Yo tiendo a pensar que, cuando algo de esto se ponía en juego para todo ese grupo familiar, el chico decía "hay olor", y el olor aparecía. Por lo que entendí, se trataba de un olor que no sólo percibía el niño sino todo el grupo familiar.

ML: *Usted recordaba el libro de Pasqual Quignard El odio a la música. A juzgar por lo que acaba de comentar y también por su mención inicial sobre lo dichos de María Bethania, podría deducirse que lo que irrumpe en el olfato y en el oído tiene esa connotación en común: la de presentarse con un carácter imperativo.*

8. "Si nos remitimos a la celebración del banquete totémico, podremos dar una respuesta: un día, los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos, osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. (Quizás un progreso cultural, el manejo de un arma nueva, les había dado el sentimiento de su superioridad.) Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de una parte de su fuerza. El banquete totémico, acaso la primera fiesta de la humanidad, sería la repetición y celebración recordatoria de aquella hazaña memorable y criminal con la cual tuvieron comienzo tantas cosas: las organizaciones sociales, las limitaciones éticas y la religión." Freud, Sigmund (1986d): "Tótem y Tabú. Algunas consideraciones en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos, el retorno del totemismo en la infancia" (1912-1913), *Obras completas*, Vol. XIII., Buenos Aires, Amorrortu.

JF: Sí, con relación al olfato, desde mi experiencia, creo que esta historia de lo que se huele, en general, remite al miedo. ¡Viene King Kong y vaya uno a saber qué va a hacer!

Respecto de la música, se trata de un imperativo, ya que afecta el cuerpo, aunque no reconozca el sentido de esto que toma mi cuerpo. Mientras yo no sea capaz de crear un enlace en relación con algo que falta en lo simbólico —enlace que implica la muerte, la *castración*—, mi cuerpo queda tomado; por eso yo lo comparaba con el grano de arena del síntoma histérico a propósito de lo cual algo se organiza, en términos freudianos; no la neurosis actual, sino otro tipo de neurosis.

ML: *Resulta interesante la correspondencia que usted hace entre lo que clásicamente se conoce como acting-out en la pospubertad (una puesta en escena que está orientada, pero de un modo que se le escapa a quien se encuentra en esa escena) y aquello que aparece como llamado del lado de los padres y que lo lleva a usted a preguntarse qué es lo que no está leyendo o no está escuchando en el trabajo con el niño. Por otra parte, en alguna ocasión le hemos escuchado cuestionar esas convocatorias a los padres, encaminadas a aclarar algo que el analista no está captando. Usted también ha comentado, en alguna otra oportunidad, respecto de la inconveniencia de buscar por el lado de los padres, ya que es allí donde se encuentra la mayor resistencia...*

JF: Hay dos aspectos a diferenciar. Cuando los padres consultan por un chico, no intervengo en absoluto para impedir que ellos se pregunten algo; puedo tener bastantes entrevistas en el inicio; no rechazo lo que ellos traen como síntoma, que es el niño.

Pero después, ya en el curso del tratamiento, si los padres están angustiados y quieren conversar conmigo, tiendo a pensar en qué es lo que no estoy leyendo, o entendiendo, y que estos señores intentan mostrarme.

Hay gente que trabaja mucho con los padres; yo lo único que puedo decir es que, si trabajé más o menos bien durante las primeras reuniones que mantuve con ellos, a mí no me hace falta.

ML: Llamativamente, por lo que solemos escuchar por parte de colegas que atienden niños, esas primeras entrevistas constituyen un aspecto que tiende a descuidarse...

JF: Lo que noto con frecuencia es que quienes están tratando al niño no se interiorizan lo suficiente acerca de la otra generación, la historia de los abuelos, la de los padres. Resulta importante el mapa significativo en el que puede ser ubicado el niño —o la niña— por quien se consulta.

Pero una vez que eso se establece, y los padres, por lo que fuere, suponen que soy confiable, por lo general continúo con el chico.

ML: ¿Cuando usted habla de confiabilidad, lo ubica del lado de algún tipo de transferencia? ¿Se refiere tal vez a aquel tono afectivo en el que Freud recomendaba que transcurriera inicialmente la transferencia?

JF: Sí, seguramente lo podemos también relacionar con el desarrollo lacaniano sobre el *sujeto supuesto saber*.⁹ En términos ge-

9. La noción de *sujeto supuesto saber* es introducida por Lacan en el aún inédito Seminario sobre la Identificación (1961-1962). Para esa época, se preanuncia el vínculo del *sujeto supuesto saber* con la transferencia: "el Otro no es un sujeto, es un lugar al que uno se esfuerza —dice Aristóteles— por transferir el saber del sujeto" (Jacques Lacan, 15 de noviembre de 1961). Las referencias de Lacan sobre esta noción continúan a lo largo de su enseñanza: "En fin, lo hemos dicho y aunque no lo hubiéramos dicho, está claro que el psicoanalista es llamado a esa situación, como siendo el sujeto supuesto saber. Lo que él tiene que saber, no es saber de clasificación, no es saber de lo general, no es saber de silogismo; lo que él tiene que saber es definido por ese nivel primordial donde hay un sujeto que es llevado en nuestra operación, en ese tiempo de surgimiento, a lo que se articula en el 'Yo no sabía'. Yo no sabía, o bien que ese significativo que está allí, que reconozco ahora estaba allí donde yo estaba como sujeto, o bien, que ese significativo que está allí, que ustedes designan, que ustedes articulan para mí, estaba para representarme a mí cerca de él, que yo era esto o aquello. Esto es lo que el psicoanálisis descubre, y aquí voy a tratar de acentuarlo para ustedes, tomando casi al azar ejemplos en las primeras articulaciones de Freud, en qué punto es que debe expresar, de un modo apropiado, lo que se llama la estructura del síntoma." Lacan, Jacques: Seminario XII (1964-1965), "Problemas cruciales para el psicoanálisis" (inédito).

nerales, se trata de una cierta transferencia positiva y de la ubicación de un elemento significativo que —aunque quizás no lo sepa en ese momento— yo paso a encarnar para los padres y que permitirá al niño dirigirse a eso.

PG: Una vez instalada la transferencia de los padres, ¿de qué modo ubicaría la transferencia del niño con el analista?

JF: Yo diría que hay una transferencia hacia el juego, de la que yo a veces formo parte, sin saber exactamente de qué manera. Otras veces, sin excluir lo anterior, sostengo la posibilidad de que sea "de jugando", aunque pueda suceder, durante mucho tiempo, que lo sostenga sin que yo sepa de qué se trata.

En todo momento, trato que sea "de jugando", y por supuesto evito las intervenciones didácticas, a las que fácilmente puede tenderse, tal como me consta ocurre con frecuencia en personas que atienden niños. Intervenciones didácticas que no suelen tener que ver con la sorpresa y que son del tipo: "Lo que a vos te pasa es tal cosa o tal otra."

PG: Eso siempre y cuando se trate de niños que juegan o que arman un juego...

JF: Lo que pasa es que yo pienso que el juego precede al niño. Con la diferencia del caso, del mismo modo en que puede decirse: *el lenguaje, la lengua precede al sujeto*. Es un niño porque hay una dimensión de juego que lo sostiene como tal; aunque pudiera ocurrir que yo no entienda esa dimensión del juego.

PG: Aunque ese niño esté hablando...

JF: O esté pateando...

PG: En ese caso, ¿habría allí algo a transformar en juego?

JF: Considero que no tengo que transformarlo en juego, sino decirle simplemente que está jugando.

Traté, durante un cierto tiempo, a una nena que me trajeron porque pateaba; de repente, le daban ataques y comenzaba a patear. Se me ocurrió, mientras mantenía entrevistas con los padres, que la chica estaba constreñida en el intestino paterno. De hecho, en un momento les pregunté si alguno de los dos tenía o había tenido algún problema de cólicos intestinales. El padre se quedó sorprendidísimo: él había tenido y había sido internado por cólicos intestinales. Luego, no sé por qué, empezamos a hablar con la niña acerca de los agujeros negros. Yo le dije que, en los agujeros negros, "Si te caes, te aprietan, te aprietan, te aprietan...". La niña, cuando se iba, me dijo: "¡Yo te voy a tirar a un agujero negro!", a lo que respondí: "...Y yo te voy a agarrar de la mano y te vas a caer conmigo." A esa altura, el tema de la constricción —se entiende, si nos agarra un agujero negro nos constriñe— pasó a otro lugar. En este sentido, podría decir que la nena estaba jugando a que era una mierda apretada, aunque hasta un determinado momento yo no sabía qué estaba pasando.

¿Queda claro por qué digo que el juego precede?

PG: *¿Considera que un niño, previa experiencia de un tratamiento anterior, podría demandar una consulta?*

JF: Sí. No se trata de una demanda como la del pospúber, en el sentido de hacia dónde va dirigida la demanda. En realidad, la demanda va dirigida al juego, con lo que el juego implica de alivio. Alivio en el sentido de que el principio del placer limita algo que, de lo contrario, resultaría excesivo. No se trata del pedido de un analista. Lo que el niño demanda es la posibilidad de apertura lúdica, de que se le asigne un lugar de niño.

PG: *En ciertos casos, sucede que el tratamiento de un niño se suspende y, algún tiempo después, éste pide volver y retoma el juego en el punto en donde había quedado, con una memoria que sorprende. Efectivamente, parecería que el niño demandara la reapertura de la escena del juego. Entonces, ¿su intervención con relación al niño y al juego apuntaría fundamentalmente a interpretar o a intervenir cuando el juego se interrumpe?*

JF: Que haya un juego no significa que se trate de cualquier juego. Es la puesta en juego de los elementos significantes que, en lugar de ser sólo eso, se encuentran encarnados. Se trata de hacer jugar esos elementos. Cuando aparentemente el juego se interrumpe, yo me pregunto: ¿pasamos a otro juego?, o bien, ¿qué lugar tiene la interrupción dentro del juego?

Si nosotros podemos evocar momentos de sufrimiento en nuestra infancia —sin dejar de lado lo que el sufrimiento implica de *goce*—, los recuerdos que tenemos son de momentos en los que no estábamos jugando o en los que no se reconocía que estuviéramos jugando; porque para estar jugando es necesario que desde el Otro se nos diga que estamos jugando. En ese sentido, lo que intento es que se arme nuevamente la situación lúdica.

ML: *La posibilidad de ese armado no impide, sin embargo, que algunos de esos elementos que se ponen en juego tomen, pospuberalmente, un destino sintomático...*

JF: Pospuberalmente, no hay nada que impida que cada elemento sea retomado en *lo repitiente* del adulto y se constituya como *lo repetido*. Lo que sí creo que podemos lograr es que la niñez sea un poco menos sufrida o un poco menos gozosa de ese goce excesivo.

Otro ejemplo común: el niño que está aislado en su grado y que, eventualmente, no sólo se encuentra en esa condición, sino que además es "tomado de punto" por los otros chicos. Quizás podríamos suponer que ese niño ignora completamente, pues nadie se lo ha dicho, que está jugando a que es un rey y que, como tal, está por arriba de los demás y no tiene pares. Si ese niño "pasa a jugar" a que es un rey, estará jugando, y el sufrimiento o goce de estar apartado o ser tomado de punto va a disminuir. Pospuberalmente, el significante "rey" puede ser retomado; tenemos derecho a pensar que habrá más posibilidades para que ese significante se arborice y se articule de un modo otro. Tal vez podría ser, *do-re-y- mi*, entonces ahí tendremos más chances.

Retomando el comentario sobre el pedido de consulta por parte de los niños, me parece que lo que piden es ir a jugar. El juego es allí un saber que indica a un sujeto como niño.

PG: *Volviendo al punto de la interrupción o el cambio dentro de la dimensión del juego, recuerdo el caso de una niña que de repente no quería jugar más e iniciaba una actividad masturbatoria en el consultorio. En ese momento, yo me preguntaba si había allí una resistencia ligada a no querer renunciar a la actividad autoerótica, y si era posible que la niña estuviera reivindicando esa actividad al modo de "yo no quiero dejar de hacer esto". ¿Habría una posibilidad de disputa del niño respecto de su manifestación sintomática, al modo en que planteaba Freud la resistencia del neurótico a ceder su síntoma?*

JF: Me parece más productivo tratar de pensar esto desde otro lado. Yo me preguntaría: en este "yo no quiero", ¿se trata de una dictadura? Dictadura que puede estar encarnada en tal o cual deseo parental. Esta actividad autoerótica o masturbatoria, ¿de qué manera puede satisfacer a la dictadura?

Pensarlo, ubicarlo como una resistencia es dejar de lado el sostén del espejo. Supongamos que fuera una masturbación y tenemos derecho a pensar que va acompañada de algún tipo de fantasía. Entonces, ¿qué es lo que esta fantasía le entrega a la dictadura?, o ¿qué le entrega a la tiranía? Al menos yo me lo planteo así.

Podríamos pensar la relación con el goce y las zonas erógenas, pero me parece imprescindible mantener el campo donde *yo niño me veo niño porque estoy jugando a esto*. En el mismo sentido en que un bebé puede jugar con el pezón de la madre, y es distinto el hecho de que la madre lo piense como un jugueteo o que lo piense únicamente como hambre. Si para ella se trata sólo de hambre, entonces lo incluirá en su problemática de si lo puede o no alimentar. Es posible que el bebé continúe con algún tipo de jugueteo, aunque no reconocido como tal.

ML: *Entonces, ¿usted ubica allí a la resistencia al modo en que Lacan la plantea, en algunos momentos de su obra, como la resistencia del analista?*

JF: Efectivamente.

ML: *Muchas veces, le hemos escuchado subrayar especialmente la diferencia que existe entre las intervenciones que ubican la dificultad del lado del niño y las que la sitúan del lado del analista.*

JF: Cuanto más fuerte es la perturbación en el chico de reconocerse como tal, más fácilmente los analistas tienden a pensar que esto se debe a que los padres "tal cosa o tal otra". De ese modo, la dificultad no queda ubicada del lado del analista, sino del lado de los primeros dos o tres meses de vida del niño y de la manera en que influyeron los padres en esa etapa. Por cierto, éstos influyeron porque traspasaron elementos; de lo contrario, no hubieran pasado la lengua. Pero luego, respecto de las características de los elementos de esa lengua, esto ya corre por cuenta nuestra.

Una vez comentamos cómo el pasaje del laleo universal al laleo de la lengua ya nos compromete, ya nos conecta con el *sujeto* en formación.

Existen ritmos, cadencias..., ya no es todo uniforme, continuo.

Escolios*

Juego

El ser y el no ser en el juego

En un niño sin mayor trastorno, ¿cómo se plantea un juego? Básicamente, se suele formular la entrada al juego proponiendo: "Dale que yo era..." La invitación presupone un *ser* en tiempo pasado. No se trata ya del ser del niño, sino más bien del "no lo soy"; a propósito del cual, esto puede *vestirse*, "de jugando".

El juego y la articulación lógica del deseo

Desde la perspectiva freudiana, el sueño es la realización alucinatoria de los deseos infantiles incestuosos. Los elementos donde se dibuja, se diseña el deseo infantil incestuoso surgen de los juegos infantiles; en este sentido, el deseo de los juegos infantiles siempre continúa en pie. Al hablar sobre niños o niñas, nos estamos refiriendo a sujetos cuyos deseos, por plantearse en el orden del juego, no producen efectos por fuera de éste. Freud planteó, de modo taxativo, que en la niñez todos los deseos remiten a uno (el deseo de ser grande); en ese deseo están implicadas la sexualidad, la muerte y una determinada posición objetal. El "ser grande" se sostiene en tanto hay una cierta articulación lógica con relación al deseo.

*Con la oportuna autorización del doctor Jorge Fukelman, hemos dado forma de texto, para los escolios, a reflexiones suyas que se articulan con la temática del capítulo y que han sido extraídas de algunas de sus disertaciones públicas, entre 1991 y 2007.

El juego, la sexualidad y la muerte

Hay sujetos en los cuales el contacto con aquello que Freud nos enseñó como sexualidad y muerte está separado por su condición de niños. Los niños mantienen, con la sexualidad y la muerte, un contacto mediado por el juego; allí no hay muerte ni sexualidad explícita. Resulta importante subrayar que el juego es lo que permite hablar de niñez. El juego puede definirse como una barrera con relación al goce, a lo real de la diferencia sexual. En el juego infantil no hay sexo (entendiendo al sexo como diferencia sexual), en el mismo sentido en que podemos plantear que el objeto del psicoanálisis (el objeto planteado como parcial, el objeto planteado en relación a lo escrito) no tiene sexo.

Pequeños objetos y personajes

Los significantes circulan, conjuntamente con ciertos objetos y ciertas relaciones imaginarias, entre estos pequeños objetos que se ponen en el juego. No es lo mismo que un niño se lastime a que pongan en juego objetos que se lastiman, se fracturan, se arruinan y vuelven a reconstruirse. En el juego, aunque haya lastimaduras, son "de jugando". Si supusiéramos una constitución del sujeto idealizada, imaginaríamos a un niño que juega inicialmente con sus primeros objetos y después (no es una variable sin importancia) con sus pares, y que en estos juegos es conducido por el deseo parental. No hay ninguna razón por la cual un niño no pueda decir algo desde otro personaje. Lo que caracteriza la niñez es que estos personajes no dejan de estar presentes, en juego.

El acervo del juego

¿El deseo de los juegos infantiles deja de producir efectos alguna vez? Los efectos fuera del juego serán retroactivos a partir de la pubertad, momento en el que todo el juego pasa a formar

parte del acervo con el cual cada cual elige o se hace elegir (primera aproximación al mercado sexual).

La puesta en escena de la desaparición del sujeto

Un juego tiene analogía con la *elaboración secundaria*, en tanto produce un sentido dependiente de una articulación gramatical y, además, limita. Mientras no se reconstruye el espacio de juego, no es posible encontrar el *representante de la representación* que pueda seguir esta suerte de metabolismo lingüístico, este modo de elaboración. El significante no es el sujeto, lo representa; en esta representación, el sujeto desaparece. Clásicamente, esta desaparición queda firmada por la *castración*, es decir, por el paradigma de algo que falta. Esta desaparición es la que se pone en escena cuando el niño juega, pero queda fuera del juego. El representante de la representación vehiculiza lo que puede ligarse y metabolizarse; pero lo que representa allí es algo que salió del juego. Para lograr que el juego se establezca, algo debe quedar como no siendo juego: se reconstruye una escena lúdica y también lo que queda por fuera de la situación de juego. Es allí donde ubicamos al *sujeto*.

El juego es una pantalla

Freud plantea que, para que todo no sea puro placer o puro displacer, es menester que esto se ligue con palabras. En consecuencia, hay pensamientos. O sea que no hay pensamientos y luego palabras que los expresan, sino palabras que producen efectos, efectos que nos llevan a pensar. En este sentido, un juego no tramita o expresa el significado sobre una fantasía inconsciente, sino que el juego mismo es la fantasía. Esto tiene importancia porque, si el juego es la fantasía y entendemos la fantasía como una suerte de pantalla que nos defiende del vacío absoluto o de un objeto que puede todo, el juego es una pantalla.

Lo que ponen en juego los analistas

A los analistas no les queda otra alternativa que "hacer jugar" su propia neurosis, sus propias dificultades. "Hacer jugar" (para el analista) quiere decir dar una vuelta más, para así poder ubicar las dificultades lúdicamente. Esto construye una chance para que el niño por el cual se consulta pueda estar un poco descargado y el analista pase a estar más cargado; es a lo que se compromete quien se dedica al psicoanálisis cuando acepta a alguien en análisis.